

CONECTADOS Y DESCONECTADOS

«Chico busca chica. Chica busca chico. Chico busca chico. Chica busca chico». La búsqueda de compañía, de reconocimiento afectivo, inunda las secciones de anuncios personales de toda clase de diarios y revistas, más o menos serios. No es algo fruto de la casualidad, es la expresión de un anhelo y, al mismo tiempo, de una carencia.

El fenómeno expresa tanto la naturaleza social del ser humano, como, a la vez, la incapacidad de soportar su propia soledad. Si no fuera irremisiblemente social, no buscaría a nadie en las páginas de la prensa; aunque si pudiese digerir inocuamente su incomunicación, tampoco experimentaría ningún deseo de buscar a los demás. No obstante, lo cierto es que este tipo de mensajes proliferan y se multiplican, creando un verdadero mercado. La red virtual se ha convertido en la nueva ágora, la plaza pública a la que todos tenemos acceso y en la que podemos relacionarnos, compartiendo pensamientos y emociones.

El espacio virtual es un inmenso ruedo intangible donde los solitarios buscan compañía. Algunas veces, esta búsqueda es un mecanismo para huir de una vida huera, triste y monótona o, como mínimo, poco satisfactoria. En tales circunstancias, viene a ser una especie de segunda oportunidad en un nuevo entorno. Otras veces, la apertura a las relaciones virtuales es una manera de ampliar el círculo afectivo de uno, experimentar con el propio ser y hacer conocidos,

rebasando los límites impuestos por la geografía. Incluye un punto de riesgo, aventura e incertidumbre; algo que le añade sal a la vida.

El anhelo de vincularse y establecer lazos no es nada nuevo. Está inscrito en las entrañas más recónditas del ser humano. Se suele justificar recurriendo a Aristóteles y su conocido aserto de que el ser humano es un animal político. Por mucho que cambien los escenarios y formatos, por distintos que sean los métodos y canales de comunicación y transferencia afectiva, la tendencia a relacionarse es algo inherente a la persona.

Los nuevos entornos hacen posibles nuevos encuentros, relaciones que desafían al tiempo o al espacio, y por estos ámbitos noveles circulan flujos de confidencialidad que no reconocen barreras geográficas. El mundo cesa de ser un montón informe de individualidades que pugnan por hacer realidad sus proyectos y las comunidades dejan de estar supeditadas necesariamente a un territorio. Representa la muerte de la geografía, al abrir la posibilidad de vivir en un universo sin barreras. Rápidamente, el mundo se transforma en una gran telaraña invisible, formada por cómplices afectivos que, a pesar de la separación física, se enseñan entre ellos aquellos secretos del corazón tan reacios a ser desvelados. A veces se trata de una búsqueda de lo puramente sensual, un encuentro sexual o un receptor sobre el que volcar las pulsiones eróticas. Sin embargo, muchas veces la batida va más allá. Bajo una aparente frivolidad, late una desesperada ansia de calidez, interacción, reconocimiento y ternura.

En estos casos, no es una persona o singularidad humana lo que se persigue. Se busca un placer inmediato, el objeto sexual, un frotamiento epidérmico. Cuando dos de esos rastreadores se encuentran, se consume lo que buscaban, pero eso no los exime de

su incomunicación. A veces, lo que ocurre no es nada, salvo un simulacro del afecto y la ternura. Solicitar la simpatía de los demás no es algo fácil, puesto que al hacerlo nos mostramos vulnerables y dependientes de ellos. Nos es más preferible travestirlo de pura sexualidad, mero músculo. Aunque no es raro que lo que se esté buscando sea la salvación ante un naufragio llamado soledad.

En la mayoría de las ocasiones, la búsqueda de conexión se mueve en un nivel de relación distinto. Se busca un vínculo de mayor entidad humana y personal. Se espera conversación, amistad, solaz, transformar la rutina en aventura y la cotidianidad en fiesta; una interacción desinhibida y fresca, más allá de los tópicos y caminos trillados.

Hay veces en que lo que se persigue es más que todo eso, que lo que en realidad se pretende es una fidelidad en el tiempo, un vínculo sólido, la confianza y la confidencia; el reconocimiento, en suma.

Hay un montón de solitarios que exteriorizan su hambre de compañía y la exhiben a plena luz del día. O a cualquier hora de la noche; sólo hay que escuchar los programas de radio nocturnos. Voces desesperadas que buscan compañía, afecto y palabras cálidas: alguien que esté dispuesto a escuchar con atención, sin juzgar ni valorar nada.

Esta soledad mal llevada suspira por una solución, pero hay otro tipo de soledad tan intensa y radical, tan fatal, que en ella ni siquiera se busca compañía, porque no se cree en la posibilidad de encontrar a alguien dispuesto a escuchar, amar y cobijar. Es la soledad del desesperado que prefiere consumirse, antes que ponerse en el escaparate de los solitarios.

Necesitamos conectarnos porque somos esencialmente sociables y nos hace falta el encuentro con los

demás, pero, al mismo tiempo, necesitamos desconectarnos, separarnos del bullicio, retirarnos a la esfera más íntima y tomar distancias con respecto al mundo.

Dilatación y contracción, apertura y cierre, incurción y retirada: he aquí la sístole y diástole de nuestra condición. En ese doble movimiento, yace la clave de nuestro equilibrio y felicidad. No podríamos vivir conectados a toda hora; tampoco, permanentemente desconectados.

Somos fundamentalmente amigables. Experimentamos el deseo de sintonizar con los demás, de establecer vínculos y redes de afecto con ellos. Aristóteles lo expresa claramente: «Si vive solo, o es un dios o es una bestia.»

Amar la soledad y buscarla no significa merodear de un sitio a otro, husmeando desesperadamente por doquier. Un ser se convierte en solitario en el momento en que se hace consciente de que su soledad es inalienable, que viaja con él y que, vaya donde vaya, siempre estará solo. A partir de entonces, su soledad deja de ser potencial y se convierte en real.

La vida solitaria, por el hecho de ser silente, disipa la cortina de humo de las palabras que cada persona interpone entre su mente y las cosas. En la soledad, nos enfrentamos a la desnudez de los hechos.

Es entonces cuando nos damos cuenta de que el desabrigo de la realidad no es fuente de temor, ni motivo de vergüenza. La vestimos con la amable comunión del silencio; algo relacionado con el amor. Es entonces cuando se nos acerca el mundo que hemos intentado domar con las palabras, los conceptos, las ideas y los esquemas mentales; que hemos intentado domeñar y explotar tecnológicamente.

El silencio nos enseña a conocer la realidad, respetándola allí donde las palabras la han profanado.

MIEDO A ESTAR SOLOS

Casi siempre, la soledad se percibe como algo negativo, angustioso y estéril, un estado que engendra sentimientos oscuros, una situación desagradable y lacerante, vinculada normalmente al hecho de no sentirse amado.

Es una asociación de ideas que, aparte de simplona, peca de injusta, puesto que con frecuencia es en medio de la soledad cuando una persona es capaz de experimentar tanto el más intenso amor que pueda sentir por alguien, como el afecto que otros le otorgan magnánimamente.

En el momento en que una persona se sume en la soledad, se torna capacitada para percibir la importancia que el ser amado tiene para ella, su generosa dádiva. En un estado así, hay quien es incluso capaz de sentir el amor divino por el mundo y todas sus criaturas. La soledad es un estado de ánimo que no está reñido con el hecho de sentirse profundamente amado.

El amor es una fuerza invisible y etérea que se traduce en silencios y palabras, pasividades y gestos. Aunque vive oculto bajo la piel, busca exteriorizarse y solamente cuando lo hace, su fuerza se vuelve visible. Mientras permanece velado, parece ausente, aunque está ahí. Únicamente su manifestación hace evidente su poder.

Muy a menudo, sólo el retiro en la soledad nos permite discernir quiénes son los verdaderos ángeles de la guarda de nuestra endeble vida, aquellos que se quedan cuando todos los demás han desaparecido, hastiados y dándonos por incorregibles.

El mundo entero se encarniza con la soledad y en vez de mirar a los exquisitos frutos que nacen de tal profunda vivencia, sólo se tienen en cuenta sus problemas. Parece que la humanidad haya emprendido una cruzada contra ese hermoso y prístino estado vital, de tal manera que cuando alguien que ama a una persona se entera de que ésta está sola, la busca a fin de salvarla de ese supuesto tormento.

Se llega incluso a, en cierto modo, compadecer a quien escoge deliberadamente la soledad y que se encuentra a gusto en ella, tildándolo de raro o misántropo. Y, sin embargo, cuántas son las veces en que la soledad es incomparablemente más densa y enriquecedora que cualquier compañía. A través de ella, se escoge el rescoldo de nobles pensamientos y de las ideas sugerentes, propias o ajenas, que los bien intencionados acompañantes ofuscan total o parcialmente con su verborrea.

La soledad, con su calma y silencio, invita al recogimiento, la interiorización y el contacto con uno mismo. Pero también espanta y, en según qué casos, puede convertirse en una cárcel que sólo puede abrirse desde dentro. Grosso modo, tememos estar solos y, en la medida que nos sentimos así, deseamos salir de nosotros mismos, abriendo los ventanales de nuestra minúscula estancia, estableciendo lazos con los demás.

Este miedo tiene sus razones.¹ No es gratuito ni irracional. Aun así, si se consigue superar, la soledad

1. E. FROMM, El miedo a la libertad, Paidós, Barcelona, 2009.

abre las puertas a un rico mundo de conocimientos y experiencias. Si una persona se ha ejercitado en vivirla, no la teme; más bien lo contrario: la anhela, espera y desea, puesto que estar solo le resulta placentero. Así puede ordenar los sentimientos en su corazón y divagar sin norte ni guía, dejando el alma en aquel estado de tedio que tan acertadamente describió Eugeni d'Ors.²

A veces, no estamos solos pero nos sentimos así. Otras veces, no nos sentimos solos, pero lo estamos. La soledad es una vivencia que no siempre está impregnada por la realidad. Lo mismo ocurre con la salud y la enfermedad. Podemos sentirnos sanos y no estarlo; creer que estamos enfermos y que no sea así. La vivencia de la soledad nos inquieta y nos vuelve claustrofóbicos; es por esto que nos conectamos a la red, buscando compañía e interacción y tejiendo lazos.

No obstante, ¿por qué es inquietante esta experiencia? Siempre que nos es posible, intentamos huir de ella, y los subterfugios nos ayudan a hacerlo. Dice Krishnamurti que «Todo es una evasión de nosotros mismos, de nuestra ruindad y fealdad. Pensamos que gracias a un superficial interés por los acontecimientos mundiales nos hacemos más y más sabios, más capaces de enfrentarnos a nuestra propia vida. Qué duda cabe de que todo eso no es sino una manera de evadirnos de nosotros mismos. Estamos tan interiormente vacíos, somos tan superficiales, que nos damos miedo a nosotros mismos. Somos tan pobres en nuestro interior, que figonear se convierte en una excelente manera de distraernos; una huida de nosotros mismos.»³

2. E. d'ORS, *La bien plantada, Gualba la de mil voces y Oceanografía del tedio*, Editorial Éxito, Barcelona, 1954.

3. J. KRISHNAMURTI, *La libertad primera y última*, RBA Libros, Barcelona, 2002.

Buscamos bálsamos que nos liberen de ella, puesto que, para empezar, es una vivencia incómoda, alteradora de estratos anímicos que preferiríamos no tocar. Ante la posible soledad que nos amenaza, recurrimos a distintos mecanismos de fuga. Hay quien busca alivio en el trabajo, un buen antídoto porque absorbe y coloniza la mente; otros lo hacen en la vida social, las tecnologías o los pequeños chismes de la vida cotidiana. De lo que se trata es de huir, pero ¿huir de qué?

Hay quien busca diversiones de todo tipo con un único fin: eliminar la posibilidad de encontrarse a solas con sus propios pensamientos. Esta desesperada búsqueda, que por lo normal conduce a una azarosa forma de vida, genera un inmenso mercado del entretenimiento.

Como se ha dicho, el sexo puede entenderse también como un antídoto de la soledad. Es una evasión poco eficaz, puesto que la vivencia de la soledad no es una cuestión de cuerpos, sino una experiencia anímica. El sexo no nos evita la terrible vivencia de la soledad. Incluso puede que, a veces, la potencie con mayor intensidad. El abrazo anónimo no salva; más bien constata y explicita la soledad.

El protagonista creado por Jean-Paul Sartre en *La náusea*, busca en las relaciones carnales un modo de evadirse del mundo que lo rodea, pero el efímero placer que obtiene cada vez que copula no lo exime de sentirse vacío y rechazado por todos.⁴ Resulta que lo único que preciaría para sentirse acompañado sería el amor de alguien; la ternura de otro ser humano, la que lo salvaría del vacío, del desencanto del vivir y de la náusea de ser. Una calidez que no encuentra

4. J. P. SARTRE, *La náusea*, Losada, Buenos Aires, 2008.

en ninguna parte; se topa con el sexo, puro y duro, pero esto no lo salva del nihilismo.

El personaje pasea por parques vacíos y bulevares llenos de ciudadanos sin rostro. Deambula de un lado para otro buscando un amor que lo salve, pero la única reacción que le provoca el mundo es la náusea. El sexo a salto de mata le proporciona cierto placer, cicatero y huidizo; el cúmulo de abrazos que propicia un alma encarcelada no redimen su soledad.

Solamente el amor libera de esa maldición. Únicamente la plena certeza de que en alguna parte del mundo hay alguien que piensa en uno y que desea mi bien; que existe un ser para quien la propia existencia de uno no es asunto baladí. Esa mera certidumbre, un axioma indemostrable científicamente, salva del nihilismo.

He aquí una hermosa observación de Søren Kierkegaard: «Dios es amor. Esto significa que tú eres amado; y todavía no ha nacido el hombre a quien este pensamiento no lo llene de un indescriptible gozo, especialmente cuando percibe esto de cerca.»⁵ La grandeza de un hombre se mide por su capacidad de asumir la soledad. Digámoslo más claro: son las contrariedades las que permiten conocer la clase de persona que es uno, cuál es su grado de dignidad y entereza. La soledad no buscada es una situación límite (por decirlo a la manera de Karl Jaspers), al igual que la enfermedad, el fracaso, el desamor, la culpa, el sufrimiento o la muerte de un ser querido. Hasta que no nos enfrentamos a una situación de estos carices, no conocemos la verdadera magnitud de nuestro ser, la grandeza o pequeñez de nuestra alma.

5. S. KIERKEGAARD, *El instante*, Trotta, Madrid, 2006.

Enfrentarse a la soledad no es domesticarla, ni muchísimo menos suprimirla. Consiste en aprender a plantarle cara, poniéndola al servicio de la vida. Sólo quien se enfrenta a estas experiencias es capaz de crecer y extraer de ellas unas insuperables lecciones. Nadie desea estar enfermo, fracasar o experimentar cómo el corazón se le rompe en mil pedazos, pero estos percances en el fondo encierran dentro de sí un gran secreto, una gran revelación que, si es generosamente integrada en el alma del individuo, lo fortalece y lo hace madurar cual fruta expuesta varios días al sol.

Karl Jaspers se refiere a las riquísimas recompensas que comporta la experiencia de la soledad, al decir que sólo aquel que conoce la soledad absoluta puede alcanzar a ser existencia.

En otras palabras: únicamente quien se despeña por el abismo de la soledad puede convertir su vida en un proyecto personal, marcar distancias con los demás, desengancharse de la gente, liberarse de la servidumbre de lo políticamente correcto y emprender vuelo en solitario.

Para él, ser existencia significa ser conocedor del hecho de estar vivo, tomando conciencia del inmenso don que significa estar en el mundo. Las cosas son; las personas están convocadas a existir. La soledad es el despertador de la existencia, el estado de ánimo que propicia el paso del ser al existir.

La comprensión de la propia y específica diferencia no viene vivida como una afirmación de la propia personalidad, sino como una rareza. La vivencia de la soledad va íntimamente ligada con el sentimiento de peculiaridad. Al practicar la soledad, me convierto en un extraño para mí mismo.

De hecho, al penetrar en su reino, todo se vuelve incongruente: el mundo que me rodea, la profesión

que ejerzo, las personas a las que amo e incluso mi propio yo. Sentirme distinto de los demás hace sufrir. La singularidad es un sentimiento incómodo, una forma de desarraigo, de separación del mundo. Cuando una persona descubre la riqueza de sí misma, se llena de espanto, prefiriendo el anonimato y el disimulo.

Este temor se evidencia en la relación con los demás. Para superarlo hay que quedarse solo; no escabullirse ante la soledad, persiguiendo la compañía de otros para que nos ayuden a pasar el tiempo.

En tales circunstancias, no se busca al otro para compartir la belleza de vivir en común, sino para no estar solo, porque no se quiere sentir la liviandad del ser o que los demás no comprendan, ni acepten la identidad propia. Si no se sabe afrontar la debilidad y el sufrimiento derivados de los demás, en el mejor de los casos, se continúa estando solo.

No enfrentarse a la liviandad del ser no aleja a la soledad, ni la resuelve. La huida no contribuye en nada a hacernos verdaderamente fuertes. La soledad no es una experiencia reservada exclusivamente a los héroes. Es una posibilidad de la vida cotidiana, abierta a cualquier humano. No es un sacrificio ni un ofrecimiento que hacemos a los dioses. Es la única ocasión para averiguar con certeza dónde están trazadas las fronteras que nos separan del mundo.